



La viuda del policía, con la cara tapada, acompañada de su madre, y sus hijos Bilal, Hajad y Armen, en su casa en la localidad de Chaqeran (Afganistán). / M. B.

«Mi marido era un talibán»

La viuda del policía asesino de tres españoles en Afganistán en 2010 lo considera un mártir

MÓNICA BERNABÉ / Qala-e-Now
Especial para EL MUNDO

La joven Mernegar tiene colgada en la pared de su habitación una foto de su difunto marido posando al lado de un coche de la policía afgana y con una leyenda que dice: «Ghulam Sakhi, mártir por hacer la guerra santa». Y es que, para ella, su esposo fue un héroe y no un asesino.

Sakhi es el policía afgano que hoy hace tres años abrió fuego contra los guardias civiles José María Galera y Abraham Leoncio Bravo y el intérprete Ataolá Taefik Alili, mientras instruían a agentes de la policía afgana en Qala-e-now, la capital de la provincia de Badghis, donde el grueso de las tropas españolas se encuentra destinado, en el noroeste de Afganistán. Los tres cayeron abatidos.

«No sé quién disparó primero, si los españoles o mi marido», afirma la mujer con la mirada clavada en el suelo y sin mostrar ni pizca de pesadumbre por lo sucedido. No se imagina el calvario que aquel ataque supuso para las familias en España que recibieron los féretros, ni lo que significó para las tropas españolas sobre el terreno: un antes y un después en la misión afgana. Mernegar sólo sabe que su vida con Sakhi fue una pesadilla, pero su muerte ha sido un tormento.

La viuda es una chica guapa y joven, que dice tener «unos 23 años»

—no está segura de su edad exacta— y reside en Chaqeran, una pequeña aldea de casas de adobe situada a tan sólo tres kilómetros de Qala-e-now, pero donde ni los conductores locales quieren ir. «Allí vive gente de poco fiar», argumentan. Su población es de etnia pastún, la misma que los talibán y, de hecho, muchos insurgentes de Badghis son originarios de esa localidad. Incluso el líder de la comunidad, Haji Abdul Razeq, es padre de un talibán que ha dejado las armas y se ha acogido al programa de reintegración de combatientes del Gobierno afgano.

«Quiero que los españoles sepan que sentimos mucho lo ocurrido», asegura Razeq, que dice hablar en nombre de todo el pueblo. Tras disparar, Sakhi intentó escapar y las tropas españolas lo abatieron en medio de la calle en Qala-e-now. Después, decenas de personas se concentraron en el lugar con piedras, granadas y fusiles. Fue una auténtica revuelta coordinada con el ataque del policía afgano, según la conclusión a la que llegó el Ministerio de Defensa.

«Nosotras, lo único que sabemos es que nos devolvieron el cuerpo de Sakhi sin vida», se queja Idi Gul, la madre de la viuda, en referencia a su yerno muerto y quitando la palabra de la boca a la chica. «Él se comprometió a pagarme 400.000 afganis [unos 5.400 euros] por casarse con



Un póster en casa de Mernegar el que se ensalza al asesino de los tres españoles bajo la leyenda 'Mártir por hacer la guerra santa'. / M. B.

Una misión con 100 bajas

Las tropas españolas han registrado 100 bajas en Afganistán desde que su misión empezó en el año 2002. En concreto, 15 españoles han muerto en ataques de la insurgencia; dos, en accidentes de tráfico; tres, por causas naturales, y 79, en accidentes aéreos: 62 en el Yak-42 que se estrelló en Turquía el 26 de mayo de 2003 y 17 en el helicóptero Cougar que se precipitó en el sur de la provincia de Herat, en el noroeste de Afganistán, el 16 de agosto de 2005.

La misión es la que más vidas humanas ha costado a España, seguida de la de Bosnia, con 23 bajas. En las próximas semanas, las fuerzas españolas se replegarán de la provincia de Badghis, en el noroeste de Afganistán, donde en la actualidad se concentra la mayoría del contingente. También está previsto que reduzcan drásticamente su número de efectivos, siguiendo el plan establecido por la OTAN de transferir la seguridad del país al ejército y los cuerpos de policía afganos.

mi hija», explica para justificar la boda. «Pero en el momento de morir, sólo había abonado 300.000», añade. En Afganistán, es tradición que el hombre pague una alta cantidad de dinero por la mujer con quien quiere contraer matrimonio.

Mernegar tenía dos hijos pequeños cuando se quedó viuda: Armen, de tres años, y Bilal, de uno. Había dejado los estudios cuando aún le faltaban siete años para obtener el graduado escolar porque su marido le prohibió ir a clase, y llevaba tres años sin ver a su madre. Sakhi tampoco le dejaba visitar a su familia. La joven creía que su vida no podía ser peor hasta que él murió. «Después me casé con el hermano de mi marido», relata. No porque quisiera, sino porque no le quedó más remedio. «Todos los parientes venían a pedirle la mano. ¿Qué iba a hacer si no?», interrumpe la madre. «Yo lo que quería era no perder a mis hijos», contesta la chica, emocionándose por primera vez. En Afganistán es el padre, o su familia, quien tiene la custodia.

Mernegar tiene ahora un tercer hijo de su segundo marido, Hajad, de 15 meses, y vive en una pequeña habitación en casa de su madre, sin electricidad, ni agua corriente. Su esposo marchó a Irán hace dos meses para trabajar. «No tengo nada y estoy sola», lamenta. Sólo le quedan las fotos de su primer marido como recuerdo, colgadas con mimo en la pared de su dormitorio. En una de ellas, Sakhi aparece con un *kalashnikov*, al lado de un hombre con turbante y barba. «Es de la época de los talibán. Es que él era uno de ellos», confiesa la mujer.